

Pobreza, exclusión y desigualdad

Jorge Granda Aguilar

Pobreza, exclusión y desigualdad



Índice

Presentación	9
Pobreza, exclusión y desigualdad	11
Estudio Introdutorio <i>Jorge Granda Aguilar</i>	
POBREZA, DETERMINANTES E IMPACTOS	
Hogares, empleo y pobreza en Argentina: ¿estructuras persistentes?	33
<i>Rosalía Cortés, Fernando Groisman</i>	
Movilidad de la pobreza y vulnerabilidad en Argentina: hechos y orientaciones de política	49
<i>Luis Beccaria, Roxana Maurizio</i>	
Intergenerational transmission of education: gender and ethnicity in Guatemala	73
<i>Priscila Hermida</i>	
Erradicar el hambre como primer paso hacia la cohesión social en América Latina	99
<i>Jose Luis Vivero, Carmen Porras</i>	

© De la presente edición:

FLACSO, Sede Ecuador
La Pradera E7-174 y Diego de Almagro
Quito - Ecuador
Telf.: (593-2) 323 8888
Fax: (593-2) 3237960
www.flacso.org.ec

Ministerio de Cultura del Ecuador
Avenida Colón y Juan León Mera
Quito-Ecuador
Telf.: (593-2) 2903 763
www.ministeriodecultura.gov.ec

ISBN: 978-9978-67-186-3
Cuidado de la edición: Bolívar Lucio N.
Diseño de portada e interiores: Antonio Mena
Imprenta: Crearimagen
Quito, Ecuador, 2008
1ª. edición: noviembre, 2008

Procesos de campesinización y reforma agraria: los ocupantes de tierras privadas en Misiones (Argentina).	121
<i>Denis Baranger</i>	
Las familias: su papel en la superación de la pobreza	139
<i>Luz María López Montaño</i>	
EXCLUSIÓN Y COHESIÓN SOCIAL	
Reflexiones sobre la trilogía: pobreza-crecimiento y desigualdad en América Latina ¿Qué se necesita para la cohesión social?	161
<i>Daniel Sotsek, Leonor Margalef</i>	
Cohesión social: entre inclusión social y sentido de pertenencia	189
<i>Martín Hopenhayn</i>	
La cohesión social en Iberoamérica	205
<i>Tomás Mallo y Maribel Rodríguez</i>	
Envejecer en el siglo XXI en América Latina.	223
<i>Paulina Osorio</i>	
La exclusión social y el derecho del individuo y la familia: el caso del Programa de la Bolsa de la Familia en el Brasil	233
<i>Silvana Aparecida Mariano</i>	
Enfoques sobre vulnerabilidad social y conformación de agentes productivos agrarios: reflexiones a partir del caso argentino	249
<i>Clara Craviotti</i>	

POBREZA Y POLÍTICA PÚBLICA

Towards a new consensus poverty reduction strategies for Bolivia.	269
<i>Jorge Buzaglo and Alvaro Calzadilla</i>	
Políticas sociales y programas de transferencia monetaria condicionada en América Latina	303
<i>Juan Ponce</i>	
Las políticas sociales para la adolescencia y los procesos de ampliación de derechos	317
<i>Valeria Llobet</i>	
Preferencias adaptativas: un desafío para el desarrollo de las políticas sociales.	335
<i>Gustavo Pereira</i>	

Envejecer en el siglo XXI en América Latina*

Paulina Osorio**

Resumen

Las sociedades humanas se han organizado históricamente en su interior sobre la diferenciación, ya sea de clase, de género o de edad. Dentro de las distintas edades, la vejez, constituye una categoría social y un elemento de identidad de las personas. Si bien la vejez como etapa de la vida está presente en toda sociedad humana, su manifestación es particular y los contenidos y significados que las diferentes sociedades les atribuyen, difieren de una cultura a otra y de un momento histórico a otro. Vale decir, ser persona mayor y vivir la vejez adquirirá una especificidad de acuerdo a la posición que se ocupe dentro de la estructura social, el género, el lugar de residencia y a una serie de características socioeconómicas y políticas. Si observamos la realidad actual de América Latina, nos daremos cuenta que esa diferenciación de funciones en razón de la edad y sus características, son muchas veces un factor de exclusión más que de privilegios y derechos para numerosos hombres y mujeres. En la presente ponencia, se reflexionará críticamente sobre el proceso de envejecer en esta región.

* Trabajo desarrollado en el marco del Proyecto CONICYT-Banco Mundial, Anillo de Ciencias Sociales N° ACS-33: “Observatorio Social del Envejecimiento y la Vejez en Chile”, del cual la autora es investigadora asociada. Esta ponencia se basa en un artículo publicado en la Revista *MAD* N° 14.

** Antropóloga Social, Universidad de Chile. Doctora en Sociología, Universidad del País Vasco, España. Profesora del Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile. E-Mail: posorio@uchile.cl

El interés de las ciencias sociales por el envejecimiento responde o es una consecuencia directa del acelerado y acentuado envejecimiento de la población en la actualidad. Ser anciano no es una cuestión exclusiva de nuestros tiempos ni un acontecimiento de las últimas décadas; lo que sí es algo nuevo es la problematización del tema en términos científicos y disciplinarios. No responde, empero, a una necesidad científica o disciplinaria; sino que surge como una necesidad sociopolítica de enfrentar en forma óptima e integral el envejecimiento de la población a nivel mundial, pues en las últimas décadas el envejecimiento se ha tornado un acontecimiento socio-demográfico de relevancia local y mundial. Por lo tanto, la historia de las ciencias sociales nos muestra la estrecha y necesaria relación que se da entre la realidad social y el desarrollo de determinados campos de estudio con relevancia científica, como es en la actualidad el fenómeno del envejecimiento. De la mano va su relevancia científica y su relevancia socio-política.

La problemática de la tercera edad y su situación de exclusión social se encuentra justo en la intersección de cambios sociales clave del siglo XX y comienzos del XXI, pues trasciende hacia una serie de realidades, tales como el mercado de trabajo, el sistema de producción, la seguridad social, los sistemas de pensiones, las reformas en el sistema público de salud, la estructura familiar y el consumo. Cruzado, todo ello, por uno de los fenómenos sociodemográficos más significativos del pasado siglo, como es el aumento en la esperanza de vida y la consiguiente mayor longevidad en hombres y, sobre todo, en mujeres.

Producto de esta conquista del tiempo, la vejez será cada vez menos sinónimo de muerte, muerte biológica, vital. La “muerte social” que acompaña a la vejez en la sociedad actual y en la cultura occidental moderna, es la exclusión y discriminación por razón de la edad. Cuando miramos hacia el mercado laboral esto se ve claramente. Algunos autores han llegado a proponer un cambio en la definición de “trabajador mayor”, de tal forma que rompa con la noción de proximidad a la edad de jubilación, y que se base en una concepción de empleabilidad en relación con el mercado de trabajo y no de marginación. La discriminación por edad constituye una barrera para la participación en el mercado de trabajo y es una forma de exclusión social relacionada con el derecho a un ingreso y la par-

ticipación económica en diferentes instituciones y ámbitos sociales.

Curiosamente después de los 40 años los trabajadores y las trabajadoras ya son considerados “viejos” o “viejas” para seguir participando en él y no a los 60 o 65 años cuando lo establece, en la mayoría de los países, la institución social de la jubilación. Esto nos muestra que se está dejando arbitrariamente a un grupo de edad –la tercera edad– sin ningún papel ni participación social activa y, por lo tanto, excluidos y marginados de la actividad y la esfera pública. Los únicos roles que siguen desempeñando son los de la esfera privada; dentro de la familia siguen siendo padres o madres, algunos esposos, abuelos, etc. A este nivel, la dificultad se presenta en que su estatus como individuo social ha ido desapareciendo (Osorio, 2006). Frente a esta realidad, el Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE) evidencia que, a fines de los noventa, en la región latinoamericana y caribeña, uno de cada cuatro hogares tenía entre sus miembros a una persona de edad avanzada, en los que la mayoría de esas personas mayores vivía en hogares multigeneracionales (CELADE, 2003).

En un contexto de globalización económico-social y la hegemonía ideológica que este representa, nuestras sociedades se han visto enfrentadas a una tendencia de uniformidad cultural y al predominio del individualismo, lo cual no solo se expresa a niveles macro, sino que presenta manifestaciones a nivel cotidiano, bastante claras y significativas para las diferentes generaciones. La modernidad trae consigo cambios que inciden, positiva o negativamente, en el proceso de envejecimiento. Dichos cambios configuran los aspectos y características del contexto y medio social donde se envejece, lo que crea, muchas veces, barreras para la satisfacción de necesidades, la superación de la pobreza, el desarrollo de potencialidades y el desenvolvimiento social.

La población de América Latina y el Caribe está envejeciendo paulatina pero irremediamente. Este proceso se está dando en todos los países, aunque con niveles variables y de forma heterogénea. Se proyecta que la población de 60 años o más se triplicará entre 2000 y 2050. Cuando se habla de envejecimiento demográfico (y disminución de la tasa de natalidad) necesariamente nos encontramos con el envejecimiento general de la población, el envejecimiento de la población activa (se estima que para el año 2050 la mitad de la población de la región tendrá más de 40 años) y

con una creciente longevidad. Frente a ello, hay dos situaciones que se destacan para la realidad latinoamericana.

En primer lugar, el envejecimiento se está dando y se dará en el futuro a un ritmo más rápido de lo que ocurrió históricamente en los países hoy desarrollados. En segundo lugar, se dará en un contexto caracterizado por una alta incidencia de pobreza, una persistente y aguda inequidad social, un escaso desarrollo institucional, una baja cobertura de la seguridad social y una probable tendencia hacia la disminución del apoyo familiar producto de la baja fecundidad (Huenchuán y González, 2005). La realidad histórica de América Latina es diferente. Aquí los países más pobres, por su envejecimiento aún incipiente, tienen más tiempo para la acción, pero presentan mayores debilidades institucionales y tienen dificultades para estructurar una visión de largo plazo, sobre todo por las urgencias en la solución de los problemas coyunturales.

Envejecer tiene cara de mujer

Los cambios sociales y demográficos han generado nuevos patrones de vida familiar, social, profesional y personal en las mujeres maduras y nuevas configuraciones y expectativas hacia la vejez en la región. Por ejemplo, ser abuela a edad madura, ser bisabuela en la vejez. Por otra parte, debemos considerar que la vejez no es solo una realidad cronológica, sino también una realidad fuertemente ligada a experiencias en el paso del tiempo. Es, ante todo, una realidad social y experiencial. Las mujeres mayores viven aprendizajes de construcción de identidad constante sobre la base de lo que han sido y de lo que les ha tocado vivir. Son concientes de los cambios en las diferentes etapas vitales, sin negarse como “envejecientes”.

Socioculturalmente hablando, al aproximarnos al fenómeno de la vejez y el envejecimiento, la perspectiva de género resulta relevante no solo como principio estructurador de toda la sociedad humana (Moore, 1996), sino también porque el mundo del envejecimiento es y será principalmente femenino en términos de longevidad y mayores esperanzas de vida. Cada momento histórico y cada particularidad cultural aporta contenidos sociales a la biografía de cada mujer y la acompañan a lo largo de

su proceso de envejecimiento. Esto nos permite comprender cómo desde esa identidad de ser-mujer-envejeciente, se toman decisiones, enfrentando situaciones y definiendo estrategias; en el fondo, viviendo y experimentando transiciones vitales en una constante construcción que da cuenta del envejecimiento como un proceso dinámico y complejo. De tal forma que las mujeres logramos una perspectiva general de nuestro curso de vida, interpretando un pasado, experimentando un presente y proyectando un futuro cada vez más extenso producto de la mayor longevidad.

La feminización del envejecimiento la vemos también en el hecho de que los cuidados durante la vejez recaen en mujeres siendo ellas, dentro de la estructura familiar, las principales cuidadoras: “las aportaciones de las personas ancianas mediante su trabajo gratuito resulta hoy en día tan imperceptible como lo era hace 20 años el trabajo gratuito de las mujeres en el ámbito doméstico y en el del cuidado de otras personas” (Arber y Ginn, 1996: 24). Asimismo, dentro de este segmento de edad, las mujeres son las más pobres: feminización de la pobreza. La incorporación de la mujer al mercado laboral fue el producto de una larga lucha de numerosos colectivos. Ejercer el derecho al trabajo ya es una realidad para un gran porcentaje de mujeres. Sin embargo, esta misma incorporación encierra una serie de discriminaciones y desigualdades. El ingreso es una de ellas. Realidad que muchas veces acentúan la exclusión y la precariedad.

La desigualdad actual en el mercado de trabajo que se deja ver en la diferencia salarial por ejemplo, es un antecedente importante en cuanto a que las desigualdades de género presentes durante la vida laboral suelen proyectarse hacia la jubilación. De tal forma que “la pobreza en la vejez comienza cuando se trabaja a cambio de salarios bajos, y en las mujeres se da una constante histórica en este sentido” (Bazo, 2001: 25). Cuestión preocupante a la hora de percibir la pensión de jubilación pues, si ya sabemos que las cotizaciones de las mujeres suelen ser más irregulares que las de los hombres, por concepto de maternidad, cuidado de hijos o familiares; estas se ven mayormente afectadas por la merma que le significa cotizar por un sueldo más bajo, “al tiempo que las mujeres continúan siendo en su periodo de vida activa un ejército de reserva de mano de obra, se mantiene y perpetúa el sistema de desigualdad entre géneros que culmina en la ancianidad” (Bazo, 2001: 25). Por lo tanto, los mayores des-

niveles económicos se presentan en la vejez de mujeres mayores. Se constata que, dentro de las mujeres, son las ancianas y mujeres que viven solas quienes se encuentran en la escala de ingresos más baja.

En sectores rurales y en algunas zonas del sur de Chile, la jubilación en términos de dejar de trabajar prácticamente no existe. Incluso decir “mujer trabajadora” es redundante. La mujer mayor es, de por sí, trabajadora, lo ha sido desde muy temprana edad, sobre todo fuera del hogar. Otras veces ambas actividades –la doméstica y la laboral– están imbricadas y constituyen un solo estado de mujeres trabajadoras. Para ellas la vejez se asocia a estados de salud, sobre todo a aquel momento de la vida en que llegan las enfermedades que les impiden seguir trabajando en sus labores de artesanas, agricultoras, pescadoras y recolectoras. Producto de la política pública de pensiones asistenciales y de gracia, al cumplir los 65 años, gran parte de estas mujeres comienza a recibir este dinero, que en el fondo no solo significa un ingreso para ellas, sino también, el sustento de toda una familia: sus hijos y nietos (sobre todo, hijos e hijas solteros).

Este hecho es tremendamente significativo y grafica muy bien la situación de las mujeres mayores jefas de hogar en Chile. Las cuales representan el 38,2%, cifra superior a la proporción de mujeres jefas de hogar en otros tramos de edad (en menores de 29 años es de 21,3%, y entre 30 y 59 años es del 22%). Vale decir que, dentro de la precariedad económica que caracteriza la situación de las mujeres mayores, dada la feminización de la pobreza, las mujeres durante la vejez son un verdadero sustento, no solo de cuidados y emocional, sino también económico de sus núcleos familiares.

A pesar de que ellas se han ido ganando espacios, gran parte de las mujeres que envejecen lo hacen desde la invisibilidad y la vulnerabilidad. Las mujeres en nuestra región no envejecen ejerciendo derechos ciudadanos. Desde este punto de vista, la discriminación es una característica que atraviesa la realidad de la vejez femenina. Como sociedad tenemos mucho que hacer al respecto y una gran tarea en el marco de los inicios del siglo XXI.

Envejecer como sinónimo de exclusión

Cuando la problemática de la vejez era competencia –casi exclusiva– de determinadas instituciones públicas o privadas de beneficencia, la construcción social de la tercera edad enmarca los llamados grupos vulnerables. Los individuos más necesitados son considerados frágiles y receptores pasivos de beneficios y asistencia, sin ninguna capacidad o derecho que ejercer. De todas formas, la idea de igualdad está implícita en la de beneficencia-paternalista, pero no la de derecho que deviene de ciudadanía (el ciudadano es aquel que no solo tiene derechos, sino que también los conoce y los ejerce: conciencia ciudadana). Las primeras aproximaciones a la tercera edad han sido aquellas que la perciben y conceptualiza desde la vulnerabilidad, la filantropía y la protección. Este estado de protección de las personas, muchas veces, conlleva discriminación. El argumento de protección hacia las persona mayores encubre un argumento o idea discriminatoria, en cuanto el estado de protección los reduce a sujetos pasivos y solo receptores de beneficios, invalidándonos socialmente y neutralizando su calidad de sujetos de derecho, de ciudadanía. La protección ha marginado a la ancianidad y la ha construido a partir de elementos de discriminación (Osorio, 2006).

La exclusión social de la vejez, en algunas sociedades de la región, responde también al hecho de que los viejos y las viejas se han constituido como sujetos de beneficio que los margina, que no les da un lugar y un rol activo como recurso para el desarrollo y ejercicio de ciudadanía. Una de las características de la sociedad actual, es que es individualista y con una política económica y social que favorece a un sector económicamente productivo por sobre la vejez, las personas ancianas, jubiladas y los económicamente “improductivos” (Walter, 1980). Al jubilar y al llegar a la tercera edad, tanto a hombres y como a mujeres caen en una categoría que no es ni productiva ni propiamente reproductiva en su quehacer cotidiano. La persona mayor en cuanto jubilado, junto con su trabajo, ha perdido su rol y participación social. No es económicamente productivo, por lo tanto, ya no participa activamente ni incide dentro de la esfera pública.

Las personas mayores son, en el sentido sociológico del término, marginadas: están integrando la sociedad pero no participan de ella, solo pue-

den recibir beneficios de esta sin dirigir ni tomar decisiones. Comfort se refiere al fenómeno de la siguiente forma: “se les arrincona como ciudadanos acabados y desprovistos de toda utilidad pública, al mismo tiempo que se les adoctrina para que se aparten del mundo... hasta que la muerte venga por ellos”. (Comfort, 1984: 22)

Si hacemos una proyección hacia el futuro de la vejez, el panorama cambia. Hacia el futuro se perfilan nuevos modelos de vejez: con mayores recursos sociales, culturales, educacionales y financieros que las generaciones precedentes. El contexto sociocultural del envejecimiento ha ido cambiando progresivamente. Las futuras generaciones protagonizarán una vejez diferente. En este contexto, el actual marco de políticas sociales y públicas hacia este sector necesariamente tiene que cambiar, pues el aumento de la población no solo modifica la estructura demográfica, sino que se presentan cambios en el interior de la compleja dinámica social y su estructura. Si bien las cifras son demasiado objetivas, este no es solamente un problema de números. El problema social y político que puede significar para una sociedad envejecida, no considerar a este sector como un importante recurso humano para el desarrollo del país, puede ocasionar considerables problemas al sistema de seguridad social (pensiones, montepíos, jubilaciones, etc.), al sistema de salud y, en general, consecuencias socioeconómicas desfavorables y de exclusión.

Ante ello se propone la figura del Envejecimiento Activo y Productivo, bajo una conjunción de deberes o responsabilidades individuales y sociales y el ejercicio de derechos, para no ser excluido del entorno de la toma de decisiones. El fin es que se generen políticas sociales sobre la base de un paradigma de envejecimiento activo y ciudadano y que provea de los mecanismos necesarios para una real inclusión y participación ciudadana de hombres y mujeres mayores. A nivel individual es tener la certeza de que la vida de uno no es solo sobrevivir. Hay diferentes factores que permite –o dificulta– que la experiencia de la vida en la tercera edad sea significativa. La participación social y la satisfacción consigo mismo, son clave. Es cargarla de significado y sentido para uno mismo y para los demás. Es decir, que aquel significado se traduzca en un compromiso permanente. Durante la tercera edad es importante el reconocimiento y la valoración de la contribución que hacen los viejos y las viejas, tanto en el

ámbito familiar, como comunitario y social. Las instituciones deben ofrecer la oportunidad a las personas mayores de contribuir y participar activamente, de tal forma de no traicionar sus propias capacidades.

Por lo tanto, deberemos replantearnos la pregunta por la tercera edad en los actuales contextos de cambio y experiencias asociadas con el envejecimiento al interior de la nuestras sociedades. Incluso se enfatiza la necesidad de un nuevo contrato social intergeneracional ante el creciente envejecimiento poblacional, por el que las personas mayores sean ciudadanas activas y un recurso de participación social real. Por lo tanto, uno de los desafíos para las generaciones futuras y sus gobiernos es la de promover un nuevo contrato intergeneracional y, para que no peligre la solidaridad y las relaciones entre ellas, las políticas orientadas hacia la superación de la pobreza en la vejez, juegan un rol clave. Incluso, la reducción de la dependencia en la tercera edad, debe ser una labor conjunta entre generaciones (Osorio, 2006).

Finalmente, podemos afirmar que a pesar de los numerosos cambios que se producido en relación al proceso de envejecimiento, la pobreza y la desigualdad son aún realidades que caracterizan la vejez de numerosas personas en América Latina en el siglo XXI. Sabemos que se envejece en determinados contextos socio-históricos y esto no ha sido favorable o inclusivo para las personas de edad. Numerosas sociedades aún invisibilizan la realidad de la vejez, pues tanto hombres como mujeres envejecen en la soledad, la pobreza y el aislamiento.

Bibliografía:

- Arber, S. y J. Ginn (1996) *Relaciones de género y envejecimiento. Enfoque sociológico*. Madrid: Marcea.
- Bazo, M. T. (2001) *La institución social de la jubilación: De la sociedad industrial a la postmodernidad*. Valencia: llibres.
- CELADE (2003) *Las personas mayores en América latina y el Caribe: Diagnóstico sobre la situación y las políticas*. Santiago de Chile: CELADE/CEPAL.

- Comfort, A. (1984) *Una buena edad: la tercera edad*. Madrid: Debate.
- Huenchuán, S y D. González (2005) *El envejecimiento en América Latina y el Caribe*. Santiago de Chile: CELADE/CEPAL.
- Moore, H. (1996) *Antropología y feminismo*. Madrid: Cátedra.
- Osorio, P. (2006) “Exclusión Generacional: La Tercera Edad”, *Revista MAD*, nº 14, MAD (Magíster en Antropología y Desarrollo), Universidad de Chile, <http://www.revistamad.uchile.cl/14/osorio.pdf> (Fecha de visita: 09/08/07).
- Walter, A. (1980) “The Social Creation of Poverty and Dependency in Old Age”. *Journal of Social Policy* Vol. 9 (1): 49-75.